

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES Y EL ACEITE

6 de agosto de 1968

Cuando veo sus caras, sus sonrisas, ¡tengo ganas de hablarles, mis queridos hermanos y hermanas! ¿Y de qué? Del aceite de la lámpara, en la parábola de las cinco vírgenes prudentes y de las cinco vírgenes necias. Nunca he oído interpretaciones que correspondan verdaderamente al pensamiento de Jesús cuando daba esta imagen de las cinco vírgenes prudentes, de las cinco vírgenes necias, del esposo, de la sala del banquete, de la lámpara...

Si interpretamos la parábola al pie de la letra, encontraremos que el esposo es bien cruel rechazando a estas chicas por la simple razón de que no tienen aceite en su lámpara. ¿Acaso es algo tan criminal no tener aceite en la lámpara? Puesto que los demás tienen, la sala está alumbrada y pueden asistir a la fiesta de todos modos... Pero no, el esposo las echa: ¡no hay sitio para ellas! Este esposo no es, verdaderamente, ni indulgente, ni simpático. Y, además, ¿dónde se ha visto que un esposo pida aceite con tanta insistencia?... ¿Qué es este aceite?, ¿qué es esta lámpara?, ¿quién es este esposo? Hay de qué reflexionar.

Hace años expliqué cómo debemos interpretar esta parábola y, por otra parte, hay varias interpretaciones posibles. El esposo es aquél a quien esperamos. Una jornada, varios años, o toda la vida... le esperan. Y, un día, se presenta como un visitante de categoría, un rey, un príncipe, o bajo la forma de una circunstancia o de un acontecimiento muy importante en su existencia. Entonces, se trajean, se ponen toda clase de adornos, de joyas... Sí, pero no tienen aceite, y entonces la cita, la recepción, es un fracaso, el esposo está decepcionado y no los acepta... ¡Simplemente porque no había aceite en su lámpara!

¿Y qué aceite es éste con el que no han llenado sus lámparas? Es un fluido o, si quieren, una luz, un magnetismo que les da una expresión, un

encanto. Si no han puesto aceite en su lámpara, es decir, en su plexo solar, no son ni expresivos, ni ricos, ni atractivos, y el esposo (el visitante, el amigo), que esperaba quedar maravillado con ustedes, se va decepcionado. Interiormente les ha cerrado la puerta de su corazón, al menos por una jornada.

Supongamos que se trate de una mujer, y que el bienamado, el esposo en el sentido propio del término se presenta por fin... Pero ella ya no tiene aceite en su lámpara, es decir, ya está marchita, fea, vacía, porque ha pasado por todas las chimeneas. Entonces, ¿qué puede hacer el esposo? La despide: "¡Vete, chica necia, virgen necia!"... ¿Acaso la palabra "virgen" conviene aquí? No lo sé, pero, en fin, éste es el término que se utiliza en la parábola. El matrimonio, pues, no se lleva a cabo, el esposo la ha rechazado ¡porque ya no tiene aceite!

¿Por qué, entonces, hay que tener aceite? Porque el aceite es lo que alimenta la llama, la luz. Una vez encendida la mecha de una lámpara, el aceite es el que alimenta la llama. Y, gracias a ésta, todo se ilumina, todo brilla, podemos leer, trabajar, desplazarnos. Dicen: "¡Ah! ya lo he comprendido, voy a pensar ahora en llenar mi lámpara de aceite." Bueno, pero ¿dónde encontrarán un aceite semejante? No lo venden en el mercado. Existen, sin embargo, lugares en donde podemos encontrarlo: en el espacio, en el aire que respiramos y, sobre todo, en el Sol. El Sol es el mayor depositario de aceite. Si llenan su lámpara con este aceite, ¡verán cómo su llama brilla, brota y resplandece de manera formidable! Entonces, ¿quién se negará a abrirles la puerta? Van a decir: "¡Ah, bueno! ¿es eso?" Sí, pero esperen, todavía no he explicado nada.

Cuando Jesús habla de las "vírgenes" necias o prudentes, se piensa siempre que se trata de mujeres. Pero ¿acaso no creen que los hombres son capaces de mostrar la misma necedad o la misma prudencia?... Sí, en el plano espiritual los hombres también son "vírgenes prudentes" o "vírgenes necias". Algunos santos, algunos místicos, se preparan durante años, se esfuerzan por llenar su "lámpara" para el día en que el bienamado, el esposo, se presente, para cautivarlo, para fascinarle. Y este bienamado, este esposo místico, es el Espíritu Santo. Si no están preparados, si no poseen ni magnetismo, ni luz, ni pureza, ni encanto que ofrecerle como alimento, el Espíritu Santo no será atraído, pasará sin entrar, se irá a otra parte. Y si entró en Jesús es porque éste poseía mucho aceite. No hay excepciones para nadie. Se trata de una ley absoluta: si no poseen este aceite, este magnetismo, esta vida, esta luz, llámenlo como quieran, el Espíritu Santo

no entrará en ustedes.

Y ahora, ¿cuál es el equivalente de este aceite, de esta vida, para las plantas? Es el agua. Cuando una planta se seca, la riegan y vuelve a tener vida. ¿Y para los coches? Es la gasolina: sin gasolina, no pueden rodar. Para los pulmones, es el aire. Para todo el organismo, es la sangre. Sí, la sangre es un aceite; si ya no tienen, la lámpara de su vida se apaga. ¿Y para la inteligencia? Es la claridad. Podemos, pues, traducir la palabra "aceite" de diversas maneras: luz, aire, gasolina, sangre, agua, siempre se trata del mismo principio, pero adaptado a los diferentes dominios, a las diferentes regiones. El aceite de la parábola es un símbolo muy rico que condensa y sintetiza numerosos significados.

La luz del Sol es también una especie de aceite, porque sin ella nada puede crecer. Las plantas, los seres, aunque tengan mucho aire, agua y alimento, no pueden vivir sin Sol. La luz es lo más esencial; las demás condiciones vienen después. Pero sin luz no hay nada. Debemos, pues, trabajar para poder tener aceite. Y no sólo trabajar durante unos minutos, sino toda la vida, para obtener este aceite, en el sentido superior del término, es decir, para adquirir interiormente un elemento absolutamente puro, virginal, ¡luminoso!... Toda la vida hay que esperar al esposo, con confianza, con paciencia, siendo receptivos. Si vamos a divertirnos, a bailar, a hacer locuras, cuando el esposo llegue nos encontraremos sin aceite.

¿Por qué este esposo tiene tanta necesidad de aceite? Un esposo no busca aceite. ¿Quién ha visto a un esposo pedirle aceite a su bienamada y abandonarla si no tiene? Nunca ha existido eso. En realidad, este esposo pide otra cosa. El aceite es un símbolo. Van a decir: "Usted se inventa las cosas, nos da su propia interpretación". No, me atengo a la tradición, a los grandes símbolos eternos que todos los Iniciados siempre han comprendido y utilizado de la misma manera. El lenguaje de los símbolos es el lenguaje común de todos los Iniciados. Ahora los hombres hablan multitud de lenguas, no existe en la Tierra un lenguaje único, universal, eterno, salvo quizá el del amor, que es universalmente comprendido, hasta por los primitivos, incluso por los animales. Miren a un perro con amor: inmediatamente es feliz, mueve la cola. Láncenle una mirada un poco severa, e inmediatamente siente que la cosa va mal. Sí, los animales comprenden el lenguaje de la mirada, de la sonrisa, de los gestos, de las entonaciones de la voz. Sólo los hombres son lentos en comprender. Sacuden a alguien, le salpican, y dice: "¡Oh!, ¡rocío del cielo!" ¿Qué quieren?, el hombre es un animal raro. Ningún escritor, ningún dramaturgo

ha logrado pintarlo, ni siquiera Shakespeare, que conocía mejor que nadie la naturaleza humana y que poseía un verdadero saber iniciático. ¡Cuántos aspectos nuevos, desconocidos, insospechados del hombre aparecen a veces! ¡Cosas inverosímiles...! Nadie, hasta ahora, ha podido agotar todos los contrastes, locuras, perversidades, o manifestaciones divinas, que el ser humano contiene.

Pero volvamos a esta parábola con el esposo, el aceite y la lámpara en su significado sublime. La historia de las vírgenes prudentes es la del discípulo que es capaz de captar este aceite, de absorberlo, de acumularlo en él, gracias a sus oraciones, a sus meditaciones, a su vida pura y casta: un día, será visitado por el Espíritu. Sea hombre o mujer, eso no tiene ninguna importancia; Jesús empleó la palabra "virgen" porque se trata del alma humana, y el alma, tanto en el hombre como en la mujer, es siempre una joven, una virgen que debe tener una actitud receptiva para captar, absorber y acumular este elemento sutil. ¿Y dónde captarlo? Está difundido por todas partes en la atmósfera, recorre el mundo, pero se encuentra en dosis infinitesimales, y debemos aprovisionarnos de él, gota tras gota, para tener siempre reservas, suceda lo que suceda. Ser una virgen necia no significa forzosamente "hacer necesidades", sino, sobre todo, no prever que hay que acumular reservas para el futuro.

Conocen la historia de José y del Faraón: el Faraón había visto en sueños siete vacas gordas, y después siete vacas flacas que las devoraban, y no comprendía el significado de este sueño. José lo interpretó así: "Eso significa que van a venir siete años de abundancia, es decir, prósperos para el Reino de Egipto; pero serán seguidos por siete años de esterilidad y de hambruna. He ahí, pues, lo que te aconsejo: haz que preparen graneros para acumular en ellos una gran parte de las cosechas recogidas durante los siete años de abundancia y de riqueza. Y así, cuando venga la hambruna, Egipto será el granero de las naciones, venderá sus reservas a los demás países y se hará muy rico." El Faraón siguió los consejos de José y todo se realizó exactamente como éste había predicho.

Y estos acontecimientos, que se producen para una colectividad, para un país, también se producen para un individuo. En su vida individual, estas alternancias se repiten sin cesar: algunos días son fértiles, y después algunos días estériles, de nuevo algunos días fértiles... El que se parece a una virgen necia no toma ninguna precaución, y después grita: "Todo es estéril, seco, ya no tengo nada, ni gozo, ni inspiración". Si, en vez de despilfarrar sus riquezas, hubiese sabido prever el periodo difícil, igual que

la Luna menguante sigue a la Luna creciente, habría acumulado algunas provisiones, un poco de este magnetismo, de este fluido. Y los días de Luna menguante habrían podido ser tan benéficos y fértiles como los demás.

Pueden verificar para ustedes mismos, como ya he hecho yo para mí, la amplitud y la verdad de todas estas analogías y de todas estas interpretaciones simbólicas. La gente no sabe ser ahorradora, inteligente, previsora, guardar algunas riquezas para los días venideros. Tienen en Francia un proverbio que dice: "Guardar una pera para la sed", ¿verdad?... En los refranes se encuentra el rastro de una sabiduría muy antigua dispensada por los Iniciados del pasado: éstos eran seres muy inteligentes que tenían un profundo conocimiento de los ciclos, de los periodos, de las alternancias de prosperidad y de penuria, de abundancia y de carencia, y que dieron consejos.

Entonces, ¿cuál es la aplicación práctica de lo que les digo? Por ejemplo, cuando se alegren, no apuren su alegría, porque, si no, pronto llorarán. Alégrese, pero sin sobrepasar un cierto límite. Si no observan esta regla, les sucederá lo siguiente: serán como el borracho que, habiendo bebido una copa de más, camina por las calles haciendo eses: se da contra una pared, siente que hay un obstáculo, retrocede, pero... ¡hala!, va a darse contra la pared de enfrente. Y así sucesivamente... Las dos paredes pelotean al pobre borracho. Claro que no hablo de las calles de hoy, que son muy anchas, sino de los callejones de las ciudades antiguas, ¡que eran muy estrechos! Vayan a visitar Venecia, por ejemplo, y, cuando vean las calles, ¡podrán imaginarse lo que sucedía cuando alguien había pasado por las viñas del Señor...! Y, a fuerza de oscilar así, de una a otra pared, o bien el pobre hombre encuentra de nuevo su camino, o acaba "midiendo el empedrado": ¡haciendo estudios geométricos!

Todo esto es para decirles que no hay que ir nunca hasta los extremos. Un extremo los lanzará siempre hacia el otro extremo, y serán peloteados eternamente del uno al otro. Cuántas veces he visto a personas que reían, reían, reían... ¡y, poco tiempo después, lloraban, gemían! Luego, de nuevo volvían a reír, a reír... Y se pasaban así toda la vida, abandonados a su emotividad. ¡Así nos muestra la vida, a menudo, a vírgenes necias! Por otra parte, la risa revela a menudo si la gente es necia o sabia; simplemente la risa. Encontramos, a veces, a chicas que tienen una risa verdaderamente estúpida. Se ve bien que se ríen únicamente para atraer la atención de los chicos: ¡una risa tan tonta! Que les guste reírse, lo comprendo, pero que al menos dejen que aparezca la inteligencia en su risa. Es muy raro encontrar

risas inteligentes.

Pero, volviendo a esta cuestión del aceite, procuren, de ahora en adelante, pensar en él cuando vayan por la mañana a ver el Sol, y acumúlenlo en su lámpara, es decir, en el plexo solar. Éste es uno de los métodos.

Les he dado muchos ejercicios para hacer a la salida del Sol. Incluso hay algunos en los que, un día, voy a profundizar mucho más, porque son muy importantes: por ejemplo, cómo comulgar con las regiones o los seres que son superiores a nosotros. Debemos aprender a comulgar con las regiones superiores, a proyectar algo de nosotros mismos, la parte más sutil de nuestra alma, de nuestra imaginación, de nuestras emanaciones fluídicas... para que nos traiga, a su vuelta, elementos nuevos, más sutiles, que antes no poseíamos. Así, en vez de repetir eternamente los mismos comportamientos o las mismas tonterías, como animales, logramos superarnos a nosotros mismos. Los animales no tienen la posibilidad de evolucionar tan rápidamente como el hombre, porque están privados de esta facultad de proyección. Desde hace miles de años se reproducen siempre en las mismas formas, o, si evolucionan más rápidamente, es gracias a la vecindad del hombre. Mientras que el ser humano, gracias a su poder de proyectar una parte de sí mismo al espacio para atraer los elementos que le faltan, puede crear: crear obras maestras, o crearse a sí mismo, es decir, superarse. Y a eso es a lo que se llama evolucionar.

Para mostrarles que eso es posible, les recordaré el procedimiento para hacer un injerto. Injertar un árbol es conservar sus raíces de origen, que son poderosas, así como el tronco, que es vigoroso, e insertar en él un brote distinto, de mejor calidad, gracias al cual los frutos agrios, ásperos y duros, serán reemplazados por frutos azucarados y deliciosos. Eso es lo que hacemos aquí; añadimos a nuestra naturaleza inferior, animal, un elemento del Cielo, del Sol o del espacio, para transformarnos. Transformarse es posible, pero sólo gracias a esta proyección hacia adelante que nos hace captar un elemento nuevo para añadirlo a nuestra naturaleza; y así, producimos frutos diferentes. Igual que el injerto es posible en el plano físico, también es posible en el plano espiritual, y, cuando miramos al Sol, hacemos injertos, absorbemos elementos espirituales; y eso es el aceite de la lámpara del que habla Jesús.

El aceite tiene también otro significado; bajo una forma mineral, metálica, no es otra cosa que oro. El oro también aporta la vida; si no tienen

oro, los negocios van mal. Cuando les preguntan: "¿Cómo vive usted?" Esto significa: "¿Cómo se gana usted la vida?" El oro (el dinero) les permite vivir, sí, pero vivir exteriormente, en el mundo. Si no tienen de este aceite que se llama "dinero", están anémicos, apagados, son inexistentes para la sociedad. Ahí tienen, pues, otro significado simbólico de la palabra aceite. Pero, de todas las variedades de aceite, la más sutil, la más sublime, es la luz, la luz que viene del Sol. Así, si les digo: al mirar al Sol, injertan en ustedes un elemento nuevo, o bien: llenan su lámpara de aceite, o incluso: recogen pepitas de oro, siempre es verdad. Son imágenes que expresan la misma realidad.

Sí, cada mañana, en la salida del Sol, acumulamos pepitas de oro, y, con los años que llevamos yendo a buscarlas, ¡ya tenemos vagones enteros! Somos como estos hombres que buscan en la arena de los ríos para encontrar pepitas de oro: somos buscadores de oro; nosotros también queremos hacernos ricos. Pero, en vez de tamizar la arena de los ríos, subimos a la Roca, y, allí, tratamos de absorber, de captar la luz del Sol y de condensarla en sangre, en fuerza, en aire, en agua, en oro... Porque, deben saberlo, mis queridos hermanos y hermanas, los alquimistas, que habían estudiado esta cuestión en profundidad, decían que el oro no es otra cosa que la luz del Sol condensada en las entrañas de la Tierra por unas entidades especializadas en esta tarea. Algunos de ellos supieron incluso remontar este proceso de condensación y volver a encontrar en este oro físico todo el calor, la vida, la luz y el poder del Sol. Gracias a ciertos métodos, llegaban a extraer de una lámina de oro todo lo que el Sol había condensado en ella durante milenios.

Todavía no se sabe qué energía se esconde en unos gramos de oro, ni cómo hay que proceder para extraerla. Es el Sol el que llena todo este oro de su energía. Y los más grandes misterios están ahí, mis queridos hermanos y hermanas; pero, para tener acceso a ellos, deben hacerse primero amigos del Sol, y él mismo se los desvelará un día. Les dirá: "Mira cómo procedo, enviando a lo lejos mis largos brazos. Mis rayos son los mensajeros de mi alma, de mi corazón, de mi amor, y así es como todas estas riquezas vivas se han condensado y se han vuelto oro". Les revelará cómo pueden sacar de su luz todo lo que ha depositado en ella. Pero hay que hacerse amigo suyo, en vez de no hacerle ningún caso, como la mayoría de los humanos. Los invito, pues, a hacerse amigos del Sol. Pero no crean que se lo ganarán así, sin más, en unos días, con pequeñas sonrisas, con regalitos... Hasta pueden pasar años intentándolo sin que lo consigan.

El Sol contiene todas las riquezas de la Tierra: él es quien las ha condensado, quien las ha formado, y quien ha distribuido el oro a profusión en los lagos, en los océanos, en las montañas... Hay hombres que parten en busca de estos tesoros, porque han leído libros y, los pobres, buscan durante toda su vida y se mueren sin haber encontrado nada... Si quieren encontrar tesoros, deben primero dirigirse al Sol y decirle: "Querido Sol, tú, que has fabricado el oro de toda la Tierra, dime cómo debo proceder, cómo tengo que hacer para encontrar estos tesoros." Entonces, les responderá: "No como tú te imaginas. Primero, trata de comprenderme: quién soy, qué represento, y después hablaremos de todo eso." A mí me ha revelado muchas cosas, porque yo lo he puesto por encima de todo lo que existe en la Tierra. Y está conmovido. Sí, he logrado conmover al Sol. Mientras que, para la mayoría de la gente, sigue siendo demasiado lejano. Sí, ya lo sé, los llevo a un mundo raro, insólito, inhabitual, un mundo del que normalmente no se ocupan y para el que no están preparados. Hace falta mucho tiempo para empezar a acostumbrarse, a familiarizarse con estas ideas.

Pero dejemos los grandes secretos al Sol, al oro, a las entrañas de la Tierra, y digamos aún dos palabras sobre este aceite. Puede que no lo encuentren poético, pero, de todos modos, es esta palabra "aceite" la que designa los fluidos, la fuerza cósmica que debemos recoger, acumular en nuestras lámparas. Tenemos varias lámparas: el cerebro es una lámpara, los chakras son lámparas; pero la mayor, la más importante, es el plexo solar. Debemos estar atentos para no gastar todas las fuerzas y las energías que contiene, porque, si se presenta el esposo hay que tener aceite. Y el esposo puede ser un amigo que los invita al gobierno, o un novio que los pide en matrimonio, y hasta el Espíritu Santo. El esposo más sublime es el Espíritu Santo. Es para Él para quien hay que tener aceite, porque es una llama, y una llama tiene necesidad de ser alimentada. La llama es el esposo, y el aceite es su alimento. La llama tiene necesidad de aceite; si no se apaga. El esposo es la luz. El Espíritu Santo no es otra cosa que el esposo de luz. Pero la luz sólo vendrá si tienen suficiente aceite para alimentar la llama. ¿Comprenden ahora por qué, cincuenta días después de Pascua, los discípulos recibieron el Espíritu Santo bajo la forma de llamas, de lenguas de fuego que ardían por encima de sus cabezas? ¡Porque tenían aceite!

Podemos también hacer provisión de este aceite con la nutrición, con la respiración, con la meditación y la oración. Comiendo con mucha atención, con mucho amor, logramos extraer la quintaesencia del alimento, igual que se extrae la quintaesencia de las rosas; apenas unos gramos de enormes cantidades de pétalos. Al respirar, absorbemos también otros

elementos muy sutiles; y meditando, rezando, absorbemos otros elementos todavía más sutiles. Cuando poseen esta quintaesencia, se desprende un perfume de ustedes, como una emanación deliciosa, y atraen entonces a todas las entidades espirituales que vienen hacia ustedes, maravilladas... Y, finalmente, el esposo mismo es atraído y viene a visitarles, el esposo más maravilloso de todos, el Espíritu Santo. Y, una vez que el Espíritu Santo se instala en ustedes, su luz les hace ver todas las cosas, y los calienta también, porque esta luz es una llama. Cuando ustedes ven las cosas, pueden encontrar el dinero, el oro, las piedras preciosas, y, sobre todo, pueden encontrar a las almas nobles, honestas, inteligentes y rodearse de ellas, y ustedes se vuelven en ese momento una divinidad, un Ricachón. Porque cada alma honesta, noble, luminosa es un banco, y ustedes pueden retirar tanto como quieran porque todos son bandos que los rodean. ¡Aquí está la Luz! La Luz les hace ver todas las riquezas que están acumuladas en los corazones, en las almas de los humanos. Y después, ustedes pueden tener, también, la otra riqueza que es material. Cuando ustedes tienen a estas almas que están dispuestas a hacerlo todo por ustedes, tienen bancos.

Mientras que las vírgenes necias, es decir los hombres estúpidos, ¿qué es lo que hacen? Por algunos pesos pierden bancos; por algunos pesos, todo un banco está cerrado. Cada ser humano es un banco; él puede hacer mucho por ustedes, si lo ganan. Y si ustedes lo cierran por algunos céntimos: tienen discusiones... ¡pierden un banco! ¡Eso sí que es idiota! Cuán lejos de reflexionar están las personas. Y después se burlan del amor, de la bondad, ¡y de todo! «Es el dinero, es el dinero...» ¡y pierden bancos completos! Mientras que aquél que es inteligente, con el amor, con la bondad, con el servicio, con la gentileza, ¡gana bancos y se vuelve rico! ¿Acaso eso cierto eso también? ¡Absolutamente cierto! Pues bien, es siempre cierto y será siempre cierto. ¿Por qué no? ¡Y sí!

Así pues, cuando vayan mañana a contemplar el Sol, pídanle injertos, pídanle pepitas de oro, pídanle este aceite, esta quintaesencia, y, sobre todo, procuren hacerse amigo suyo. Díganle: "Te comprendo, querido Sol, quiero ser tu amigo", y pónganlo en lo más alto de su estima; y se conmoverá. De momento, sus preferencias van hacia hombres estúpidos, groseros, hacia mequetrefes. Pero el Sol... ¿Acaso han reflexionado en lo que es el Sol? Pónganlo en primer lugar y verán todo lo que les revelará. Esto es lo que yo hago desde hace mucho tiempo. Y cuando lo dije no quisieron creerme, se burlaron de mí: "¡Pero éste no es normal! Miren lo que nos cuenta. Cuando hay tantos hombres y mujeres en la Tierra, ¡se ha enamorado del Sol! Pero ¿qué va a ganar con eso...?" El mundo entero, mis queridos hermanos y

hermanas, ganaré el mundo entero. Tengan un poco de paciencia, no estoy tan loco. Mi locura es tener una sabiduría que no es demasiado reconocida en nuestros días, pero que muchos poseían en el pasado. Me presento, pues: un loco, si quieren, ¡pero que ha comprendido muchas cosas!

* * *

